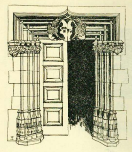
La Casa del Caballero Despuig

por MANUEL BEGUER PINYOL
C. DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Ajenas a la familia Despuig, las armas heráldicas de uno de sus últimos poseedores prestigian la fachada de esta mansión



Hermosa puerta blasonada del salón del entresuelo

CON este nombre viene designándose de un tiempo a esta parte la casa n.º 10 de la calle de la Rosa, calle señorial, que era hasta hace relativamente poco el eje de la vida ciudadana. Al desplazarse ésta hacia las nuevas calles del Ensanche del Temple, perdió la animación que antes tenía, pero no su distinción que cuidan de pregonar varias viejas mansiones que abren en ella sus puertas. Entre ellas, disimulada su belleza con prosaicas reformas de tipo utilitario, destaca hasta ahora, después de su afortunada restauración, ésta señalada con el n.º 10, que antes pasaba poco menos que inadvertida. Tan sólo en lo alto de su fachada de piedra sillar llamaba la atención de los viandantes que hasta ella alzaban su vista, una evocadora ventana doblemente ajimezada que delataba su venerable antigüedad.

Un vulgar balcón con barandilla de hierro vino a reemplazar en la planta noble, en la época del mal gusto, los dos antiguos ventanales, y un ramplón letrero de madera cubría el escudo nobiliario de sus antiguos poseedores y parte de las grandes dovelas del portalón de entrada, las que ha sido preciso restaurar. En los bajos una zapatería, anunciada por aquel letrero desde los tiempos de mi infancia, y anteriormente una fonda que llevaba el nombre de la calle, disimulaban la belleza del zaguán, ocultando a la vista de los transeúntes el hermoso patio gótico, que es lo mejor de la casa, y la amplia escalera que conduce al piso principal. Nadie podía sospechar que tras los anaqueles de la vieja zapatería se mantuvieran en pie, con toda su belleza, los más notables restos de esta noble mansión. Las bombas cuidaron de destruir lo que quedaba de ellos formando un ingente montón las piedras labradas, que se utilizaron para otros fines. Pero aunque no en su sitio, se conservaron por fortuna la mayor parte de ellas. No todos, como es natural, desconocían la belleza de este patio y de su galería, semejante, aunque más pequeña, a las del Palacio Episcopal y de la antigua casa Guzmán de Villoria, y uno de los que la recordaban desde su niñez, temeroso de que se desmoronara por completo tan notable edificio íntimamente unido a nuestra historia local, puso empeño en que se evitara su total ruina. Era una de las pocas casas señoriales que restaban después de la última guerra y su importancia demandaba a voces su conservación. Y de ella ha cuidado con cariño, que hemos de agradecerle los tortosinos, la Excma. Diputación Provincial, la que por unanimidad acordó adquirirla a iniciativa de aquella persona cuyo nombre no hace al caso, más que para dedicarla a fines culturales para salvarla para el patrimonio artístico de nuestra ciudad y provincia. Lenta ha sido su reconstrucción, porque se ha tenido que amoldar a los trámites reglamentarios y a aumentos en la consignación para las obras que rebasaban la cantidad presupuestada para ellas. Pero afortunadamente, a medida de que aquéllas avanzaban, iba también en aumento el interés de la Corporación Provincial en la restauración de este edificio, del que iban apareciendo nuevos detalles que venían a valorarlo aún más, como ha ocurrido últimamente con las vigas y artesonados del zaguán al quitar el encalado que disimulaba unas pinturas características por sus vivos colores de los comienzos del siglo XV en las que, alternando con los escudos de Cataluña y Navarra a todo color, aparecen otros un tanto desdibujados que no hemos descifrado todavía.

Con indiferencia primero, con sorpresa luego, y con visible admiración después, han ido siguiendo el curso de las obras los asiduos transeúntes de aquella simpática calle y los amantes de nuestras vetustas piedras, quienes

Cartela moldurada de uno de los interesantes envigados

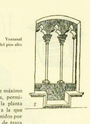
han visto surgir de aquella zapatería, este hermoso edificio ojival de señorial prestancia que nos recuerda una época ciertamente esplendorosa en la que siendo la ciudad pequeña, era Tortosa verdaderamente grande. Si no lo atestiguara la historia, bastaría esta casa para demostrarlo, ya que no era un edificio público, sino una simple casa particular, como la de Oliver de Boteller en la Baranda del Ebro, la de Oriol en la calle del Carmen, las de Pinyol y de Boteller en la calle de Moncada, y tantas otras que por su suntuosidad y el abolengo de sus moradores pregonaban la importancia de la Ciudad.

Aunque esta casa que nos ocupa data de los tiempos de la Reconquista, después de la cual el Conde-Conquistador, nuestro primer Marqués-Soberano, la dió a Roger Despuig, uno de los capitanes que más se distinguió en ella, la antigüedad de la construcción actual —puesto que ha sido reformada varias veces— pudiera muy bien ser simultánea, o quizás algo posterior, a la del Palacio Episcopal, sito en sus proximidades, y muy parecida a la de éste y también a la de la antigua casa Villoria (Oliver de Boteller en un principio y luego Jordá) particularmente en los detalles del patio y de sus respectivas galerías, a las que gana en belleza.

La fachada, aunque con reformas utilitarias del peor gusto, era, con el zaguán y patio, lo único que se conservaba de la antigua casa, y si bien es de gran simplicidad, es a la vez de una indudable belleza. Su paramento está formado del clásico sillarejo con fileteado de juntas, ventanal único en el piso alto con tres arquillos sostenidos por ligeras y elegantes columnitas, dos ventanales lisos, adintelados, de grandes proporciones, en el piso principal, una magnífica ventana en el entresuelo y el arco de ingreso de medio punto con las características grandes dovelas, que ahora han sido completadas disimulando su mutilación.

Por fortuna pudo ser recuperada la gran ventana del entresuelo, del más bello gótico florido, y por ello ha podido ocupar el hueco del escaparate de la antigua tienda de zapatos armonizando bellamente con la blasonada puerta del entresuelo (futuro salón de exposiciones), obra afortunada del último período del gótico. Hemos de agradecer a quienes la conservaron y amablemente la han cedido a este fin, haya podido embellecer de nuevo este edificio del que sin duda procedía.

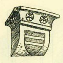
El zaguán enlaza noblemente la vía pública con el patio interior, salvando las dos paredes de crugía por medio de arcos de sillería de medio punto muy bien conservados, que armonizan también con la inmediata visión del patio, su amplia escalera y la galería del piso principal.



Ventanal del piso alto

Este patio interior, descubierto, es indudablemente la pieza de máximo valor. Su planta es trapezoidal, alargada en el sentido de su altura, permitiendo con ello el trazado de la escalera, toda en sillería, que une la planta baja con los dos pisos altos; alta y cómoda hasta la planta noble, a la que da acceso mediante una galería porticada de arcos apuntados sostenidos por las clásicas columnitas catalanas, esbeltas y de sección lobulada, y de traza muy atrevida el último tramo que conduce al piso superior. Lo sostiene un doble arco que en sus arranques intermedios descansa a su vez en una gran ménsula habilmente empotrada en la pared medianera. A este patio abren ventanales las piezas del piso principal destinado a Biblioteca y queda coronado por otra galería adintelada a la que dan acceso las dependencias altas del edificio, una de ellas destinada a albergar el futuro Centro de Estudios Dertosenses, filial del Instituto de Estudios Tarraconenses «Ramón Berenguer IV». La destrucción de este interesante monumento, ocurrida durante la guerra de Liberación, interesó la crugía lateral, que quedó derribada en toda su altura, perdiéndose los techos de sus tres pisos que no han podido reconstruirse. Subsisten, por fortuna, los correspondientes a la fachada principal, formados por recios envigados con forzado de listones y tablas, provistos algunos de ellos de interesantes cartelas molduradas. Antes ya se ha dicho que al limpiar las vigas de la planta baja han aparecido bajo el empapelado de unas y la cal de las otras, interesantísimas pinturas de colores vivos, destacando entre ellos las barras rojas y amarillas de las armas de Cataluña y Aragón.

Desde el siglo XII, en el que habitó esta casa situada junto al viejo portal de la Rosa el primer Despuig, al que fué dada por el Conde Berenguer IV premiando sus servicios, han sido muchos los personajes de este linaje nobilísimo que la han tenido por morada. Pero entre todos ha destacado un caballero, el último de su apellido en tierras tortosinas, que sin ser guerrero, y sin haber ocupado como algunos de aquéllos elevados cargos, ha hecho que se designe a esta casa con el nombre del Caballero Despuig. Este fué precisamente el autor de los celebérrimos *Col loquis de la insigne Ciutat de Tortosa,* que circularon manuscritos hasta que el P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús y Presidente de la Real Academia de la Historia, los dió a la Imprenta en 1877 percatado de su importancia histórica y su valor lingüístico, puesto que están escritos en nuestra antigua lengua vernácula. Manantial en el que han ido a beber los historiadores que le sucedieron, ofrece las características de un amor apasionado por esta ciudad y Comarca, cuyas bellezas canta exaltando sus hechos más gloriosos. Sin podérsele llamar propiamente una



Ménsula de la galería de la planta noble

historia, es el primer libro que trata con extensión de la de nuestra tierra, que fué la suya, puesto que en ella nació el caballero Mosén Cristófol Despuig y Vavarte, en 1510, en ella casó y en ella murió, legándonos este libro de inapreciable valía, hijo de su patriotismo más que de su atildada pluma, manejada con garbo al servicio de la tierra misma a la que sirvieron con sus armas sus antecesores.

No le sobrevivieron los hijos varones y por disposición testamentaria pasó la propiedad de esta casa a su nieto Pedro Mártir Corder y Despuig, hijo de su hija Aldonza (nacida el año 1546) y del Magnífico Francisco Corder y Desprats, de ilustre familia tortosina, quienes vivieron en ella acompañándole seguramente en los últimos años de su vida. Las armas que se ven esculpidas en la bellísima puerta del entresuelo son precisamente las de Corder y Desprats, lo que indica fué construída ésta después de su matrimonio, en una de las varias reformas que en el correr de los siglos ha sufrido este edificio, antaño de más amplias proporciones.

Para no dar una extensión excesiva a estas líneas nos vemos precisados a darles fin. Dejarnos llevar de nuestros deseos sería seguramente cansar al lector, aun siendo interesantes para los tortosinos los muchos datos históricos que poseemos y que posiblemente podrán ser utilizados en otro trabajo. En realidad tan sólo nos habíamos propuesto, al comenzar éste, informar al lector de la feliz incorporación al patrimonio artístico de la ciudad de esta casa restaurada gracias a la munificencia de la Excma. Diputación Provincial que, con laudabilísimo celo, atiende a la restauración y conservación de los monumentos de positivo valor que, en estado más o menos ruinoso, existen en la provincia. Al agradecérselo como tortosinos amantes de nuestra historia y de nuestras piedras doradas por el sol de tantos siglos, es justo hagamos extensiva esta gratitud a su arquitecto Don Francisco Monravá, que tanto entusiasmo ha puesto en la digna y acertada restauración de este edificio medieval, cuidando de los más insignificantes detalles, así como a los que han sido sus colaboradores, entre los que es forzoso incluir al contratista que, sintiéndose tortosino, no ha escatimado jornales al ver la paulatina y maravillosa transformación del ingente montón de ruinas en una interesante mansión señorial que será el orgullo de la Ciudad y la satisfacción de la Corporación Provincial al poder encuadrar en tan bello marco sus servicios de cultura.

Su próxima inauguración facilitará su visita, y su contemplación, estamos seguros, será una sorpresa para muchos y motivo justificado de admiración para todos. Congratulémonos de ello cuantos amamos la ciudad y el arte.